

ESPIRITUALIDAD LAICA

Santiago Villamayor - Comunidad Almozara

¿Qué significa “espiritualidad”, qué significa “laica”? Qué importancia tiene y si es bueno fomentarla socialmente.

En la fe de nuestros padres, espiritualidad equivalía a rezar, entrar en la intimidad de Dios. Ser una persona de espíritu equivalía a estar tocado por el espíritu de Jesús y la “gracia”, algo que se lograba en los sacramentos, pero sobre todo en la oración personal y en la meditación afectiva de la persona, la vida y las enseñanzas de Jesús.

La admiración de Jesús, dada su condición divina, se convertía en un contacto directo con el mismo Dios y debía darse en un clima de gran silencio y respeto. En esa fe, en esa convicción cierta, el alma se iluminaba y transformaba, se llenaba ocasionalmente de consolación y se disponía con gran ánimo para el amor y la bondad. La condición era no dormirse en las nubes, ni perderse en la inmoralidad, la tibieza y los mínimos. Así se sublimaban los deseos y atemperaban los impulsos; el nuevo gusto “espiritual” los eclipsaba. El espíritu sustituía a la carne en nuestras motivaciones.

Todo eso estaba muy bien y era muy efectivo pero hoy no cuela, por lo que sea.

De ahí muchos cristianos pasaron a la mística revolucionaria secularizando el mundo sobrenatural y acallando las reticencias religiosas con el heroísmo del compromiso. Jesús era un profeta que rompió con la religión y el sistema en aras de una sociedad preferentemente orientada a los pobres.

Todo eso estaba muy bien y era muy efectivo pero hoy no cuela, por lo que sea.

Hoy, un nuevo paradigma del conocimiento y la mente humana, un mayor escepticismo político, los esperpentos religiosos vistos en el espejo propio y de “los otros”, la presencia de otros universos simbólicos alternativos, sean eco sociales, vitalistas o postmodernos nos solicitan una recreación de la densidad interior de carácter abierta, plural, universalizable, graduada. Tal debe ser la “mirada” sobre Jesús de la cual brota nuestro específico “impulso y recreación interior”.

Laico quiere decir mundo autónomo, no derivado de otro ámbito llamado religioso sin consistencia mundana. La laicidad humana unifica el mundo sobrenatural de antaño con el mundo natural en la misma medida que abre significados en ese mundo natural.

No hay otro mundo del que venimos y al que vamos. Somos y estamos en este mundo de múltiples significaciones en el que caben pocas certezas e incluso todo se resuelve en interpretaciones. Pero también un mundo abierto en el que la incomprensión clama por la verdad y la justicia. Un mundo con “alma”, con razones y amores a construir entre todos. Con

dignas conciencias en convergencia y corrección fraterna. En el que coexisten religiones, humanismos, artes y prácticas de gratuidad, personas creyentes y ateas.

He aquí algunas coordenadas de este panorama

- a) No es tan fácil hablar de Dios o “lo dios” y reconocer o decir que podemos tocar directamente a Dios en Jesús; más bien pensamos algo así como que “si Dios existe se parece a Jesús” (Pagola) o que “Jesús fue hombre como sólo Dios podía serlo” (González Faus) o que “ha superado los límites humanos” (Lenaers)
- b) El espíritu nos parece como la forma más elevada de la actividad mental en su ejercicio moral (no en el sentido de la práctica del bien sino de libertad activa). Lo relacionamos con los buenos sentimientos, el disponer de un ánimo firme, una densidad de ser o plenitud mental, y nos servimos del concepto alma en sentido metafórico.
- c) También “sabemos” que el mejor regalo es la razón y que sin razón no hay revelación y sin cerebro no hay ni razón ni revelación. Que las experiencias místicas están localizadas en algunas zonas cerebrales y que se pueden estimular bioelectricamente como antes con el ayuno, la mortificación o los alcaloides.
- d) Las religiones no tienen la exclusividad del bien y de la felicidad.
- e) No tiene sentido que las personas que reconocen vivir para valores incondicionales se vean obligadas a clasificarse en ateos, agnósticos y creyentes. Ningún ser humano puede decir nada de Dios, sino balbucear precariamente. Y todo ser humano siente, al menos como ausencia, la llamada de la incondicionalidad y reconoce la gratuidad como un continuo cuyo límite no tiene fin.
- f) Cuando una persona dice tocar la divinidad lo que atisba es siempre una metáfora de divinidad, incomprendida de mil maneras distintas. No toca divinidad alguna (como la pompa de jabón se rompe incluso al besarla) sino que la humilde dignidad de su libertad se vuelca sobre el mundo reconociendo en él un valor a fondo perdido. “¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?” ¿Por qué amar incondicionalmente un conjunto de células u ondas? No hay más divinidad, dignidad, bondad, belleza que la que parcialmente va reconociendo la mente humana.
- g) Reconocer, nutrir, cuidar esa **dignidad** o **divinidad** del ser humano es lo más que podemos hacer para acercarnos a “Dios”. No hay atajos de mundos sobrenaturales o religiosos aptos para el contacto directo ni divinidades extrínsecas o palabras divinas en caligrafía revelada. Hay tradiciones de dignidad.
- h) Supuesto lo anterior es conveniente afirmar que cualquier vivencia reconocida universalmente como razonablemente apta para alentar esta dignidad puede ser considerada como “espiritualidad”. Sea la emoción de un incensario, el gozo de una secuencia fílmica, el silencio de una celda monacal o el grito de una manifestación.
- i) Quien como nosotros ama las prácticas de Jesús y sus metáforas, encuentra en ellas, sin excluir otras opciones, la expresión más sentida y elevada de lo que es la citada dignidad: “los ciegos ven, los cojos andan...” “amad a vuestros enemigos” “perdonad hasta siete veces siete” ... Jesús se sitúa en el reino de los mares entre el cielo de los símbolos y de las vivencias que nos elevan y la tierra de los dolores y las cruces a derribar. Es el reino de la incondicionalidad, la incompreensión y el horizonte inalcanzable. Cuando murió no dijo: “Cuando yo me vaya dividiros en creyentes y

ateos y que la palabra Dios separe a los buenos de los malos” sino “quien hiciere esto a uno de los más pequeños a mí me lo hace y quien me ve a mí ve al ‘Padre’”

- j) La espiritualidad laica podría por tanto decirse como el reconocimiento del valor incondicional de lo humano, especialmente manifiesto cuando se niega eso mismo humano. Sobre todo en momentos de crisis que invitan a desconfiar y abandonarse a la insignificancia. Aprendamos de nuestros mayores que cultivaron muy mucho sus emociones y representaciones simbólicas, en muchos casos grotescamente, pero siempre con la sinceridad apuntando al “corazón” de Jesús’.